

Viaje a la Patagonia austral

Gustavo Valle

1. Desde la ventanilla del avión tiene un color ocre quemado, como el de la arena, pero más amarillo. Es un desierto de tierra enorme, y no alcanzo a ver sus límites. Parecido a la meseta castellana, pero todavía más cobrizo y despoblado. De un lado veo el mar atlántico, pues el avión vuela hacia el sur, a lo largo de la costa; del otro, esta geografía solitaria, sin árboles, sin casas, sin animales, llamada Patagonia. Todo árido, sólo atravesado por líneas de caminos troncales y extrañas figuras pseudogeométricas en medio de la nada.

El viaje (que duró más de tres horas desde Buenos Aires) me permitió volver a pensar en los traslados frecuentes, en los itinerarios constantes, y en la engañosa necesidad de buscar un sitio en este mundo. Acaso no un lugar o un espacio físico, sino un gesto del tiempo, un estado de ánimo. Sentado en la butaca del avión suelo ver e imaginar paisajes. Las ventanillas de los aviones son una escotilla hacia algo desconocido, un espejismo de lo cambiante. A pocos minutos de despegar, Buenos Aires luce enorme, pero después desaparece entre las nubes, y se hace cada vez más pequeña desde la altura. Siempre he pensado que el viaje no es sólo un asunto traslaticio sino, y sobre todo, una pregunta acerca de la permanencia. ¿Dónde estamos cuando estamos de viaje? ¿Salimos o entramos a qué sitios? ¿Existe un lugar que sea nuestro, una patria del afecto, una geografía del origen? Estas preguntas siempre me acompañan cada vez que voy de un sitio a otro. Pero acá en la Patagonia, en las extensiones inabarcables de su territorio, mis preguntas naufragan, se confunden con el viento huracanado y sólo los espejismos responden.

El avión aterrizó en Río Gallegos, capital de la provincia de Santa Cruz, la ciudad costera desde donde despegaron los aviones que participaron en la guerra de las Malvinas. La ubicación de Río Gallegos es parecida a la de Lisboa: a orillas de un río, cerca de su desembocadura en el mar. El aeropuerto está en la orilla sur, a escasos kilómetros de la costa atlántica. Del otro lado, en la orilla norte, el perfil de la meseta patagónica. El río corta la meseta en dos, y el corte deja ver un acantilado, una rotunda pared estratificada. Este paisaje abrupto y aparentemente inhóspito, será la primera impresión en tierra de una vasta geografía azotada por climas radicales, soledades milenarias y el temible agujero de la capa de ozono.

Al bajar la escalerilla de la nave sentí la fuerza del viento que me empujaba como a un muñeco. Venía del oeste y soplabá sin parar a lo largo de toda la estepa patagónica. Me golpeaba de frente como a una pared invisible y obstaculizaba mi camino hacia el interior del aeropuerto. Sujeté mi mochila con fuerza y me incliné hacia adelante para impulsarme mejor. El resto de las personas que bajaron del avión luchaban contra este inesperado enemigo, y fue cómico vernos a todos resistir a las ráfagas con nuestros pelos alborotados, y perseguir los sombreros mientras el viento embolsaba los abrigos.

Hacía 9 grados centígrados y era pleno verano seco. En Buenos Aires hacía 35 y la humedad llegaba al 90%. El cuerpo parece un conejillo de Indias cuando es sometido a estos cambios climáticos y se resiente con estornudos y escalofríos. Después de retirar las mochilas de la banda giratoria del aeropuerto, debimos esperar una hora la llegada del bus que nos llevaría a El Calafate. Mi mujer sacó el termo, el mate y la bombilla, y junto a las voluminosas mochilas, sentados en los asientos de fórmica del aeropuerto, invertimos esa hora en matear.

La costumbre del mate, como toda costumbre, tiene una relación directa con el tiempo. Tomar mate es abrir una brecha temporal en medio de lo programado. El reloj se detiene alrededor del mate, el termo y la bombilla, y se filtra con otra sustancia distinta a los minutos. La vida queda atrás y adelante, y en medio este ocio compartido que dura hasta que la yerba se lave. Podemos hablar, no de un reloj de arena sino de yerba, y la bombilla una aguja minuterá que va marcando el paso y el tiempo de descuento, cada vez que cebamos. La conversación se hace incidental y variada. En realidad no hay conversación sino charla. El mate hace el mismo efecto del fuego. Nos sentamos alrededor del fuego para tener un eje en medio del ocio, la canción o la charla. Parecido al «cafecito» de Venezuela y el Caribe (no el café necesario del desayuno sino el café social de la media tarde), el mate nos abstrae sin desvincularnos del todo, y al estar en medio de lo que hemos hecho y lo que vamos a hacer, justo en el centro de una cosa y otra, ocupa un lugar central en nuestras vidas.

El autobús llegó, metimos las mochilas en el baúl y subimos velozmente al vehículo. Mi asiento estaba en la primera fila, justo detrás del conductor y del copiloto. Ya en marcha sobre la accidentada carretera de tierra, me entregué totalmente a la contemplación del paisaje. Pude ver de cerca la extensión extraplana de la meseta patagónica. La meseta se interrumpe al llegar a Río Gallegos y de ahí, hacia el sur, parece comenzar otro nivel desértico, otro escalón patagónico, como si justo allí hubiera ocurrido una gigantesca falla geológica, y la topografía se quiebra a lo largo de muchos kilómetros. Recordé el llamado «abismo» del macizo guayanés de Vene-

zuela, el lugar donde termina la meseta granítica de Canaima y comienzan las selvas amazónicas. Pararse allí es como estar en el filo del mundo, y se experimenta eso que Bachelard llamó la inmensidad íntima: la interiorización de los grandes espacios naturales que logra aumentar la capacidad pulmonar y multiplicar la experiencia imaginaria.

El paisaje no era tan árido como lo veía desde el avión. Había pasto abundante y arbustillos que luchaban contra el viento y el sol del verano. Por supuesto no había un solo árbol de dimensiones considerables: el viento no lo dejaría crecer. Por esta misma razón el parabrisa del autobús parecía el de un vehículo policial antidisturbios: lo cubre una reja metálica para evitar que las piedras del camino salten y lo hagan estallar.

Veo un ave (después sabré que su nombre es carancho) levantar vuelo, pero sin volar. Es decir, se deja sacudir por el viento como un juguete. Veo un avestruz (después sabré que su nombre es choique) pastar entre los arbustos y levantar sus alas al paso del vehículo. Estos animales y estos paisajes comparten mi atención intermitente con la película de Jean-Claude Van Damme que pasan en la tele del autobús. Las películas que uno ve en los aviones o autobuses son las que más rápido olvidamos. Sin embargo, ésta de Van Damme quedará grabada para siempre en mi memoria. Me asomaba por la ventanilla y veía pasar la Patagonia sin límites, me asomaba hacia la tele y veía a Van Damme vencer a los villanos de la película en las calles estrechas de Jerusalén. La combinación era más que posmoderna. Sentado en mi asiento patagónico, fui testigo de un calidoscopio turístico de difícil interpretación. Hice articulaciones del tipo de «el desierto patagónico y el de Israel; la lucha de Van Damme y la de los viejos patagones» pero no tenía ningún sentido. En primer lugar porque son desiertos que no se parecen en nada, y en segundo lugar porque Van Damme siempre gana, y los viejos patagones, los antiguos indios tehuelches, lo perdieron todo, absolutamente todo. Pero de esto hablaré más adelante.

En el asiento contiguo viajaba un hombre semidormido que bamboleaba su cabeza y de cuando en cuando la golpeaba contra el vidrio. Como yo ocupaba el asiento delantero podía ver al conductor y a su copiloto que charlaban sin cesar dentro de su cabina cerrada; tomaban mate profusamente y escuchaban una espantosa música folclórica que insistía en las desdichas del hombre abandonado. Dos asientos atrás, un hombre oriental (presumiblemente japonés) hacía lo mismo que yo: observaba y tomaba notas en su cuaderno. Debe ser escritor, pensé, pues no paraba de escribir. Su cuaderno era de tela azul y tapas duras, un cuaderno muy bonito que seguramente compró para el viaje. La belleza de su caligrafía ideográfica distaba mucho de mis garabatos alfabéticos.